

vocacion de este gran penitente, de este ejemplo de prelados y norma de corazones caritativos.

SAN JUAN SILENCIARIO, OBISPO Y CONFESOR.

SAN Juan, llamado *Silenciaro* por el profundo recogimiento y silencio que guardó por espacio de muchos años, nació en Nicópolis de Armenia el año de 454. Su padre Encracio y su madre Eufemia fueron tan conocidos en el imperio del Oriente por sus grandes bienes de fortuna y por su antigua nobleza, como por los grandes empleos con que habian sido honrados sus antecesores; pues uno y otro contaban en su familia generales de ejércitos y gobernadores de provincias; pero fueron mucho mas ilustres por su ejemplar piedad, y así tuvieron gran cuidado de dar á sus hijos una cristiana educacion.

Aprovechóse bien de ella nuestro Santo; pues hallándose á los diez y ocho años de su edad heredero de una rica sucesion por la muerte de sus padres, solo se sirvió de ella para hacer mayor su sacrificio. Por la tierna devocion á la santísima Virgen, que habia mamado con la leche, la empleó toda en edificar en Nicópolis una magnífica iglesia dedicada á esta Señora, y en fundar un monasterio, en que él mismo se encerró con otros diez compañeros escogidos, que habiendo dejado tambien todo lo que tenian, no querian pensar en otra cosa que en su eterna salvacion.

A un principio tan generoso y tan perfecto se siguió presto el ejercicio de todas las virtudes. La humildad fué desde luego la virtud de sus cariños. Parecia que solo tenia talentos para humillarse. Sus vigilijs, su abstinencia, sus penitencias en tan tierna edad sustentaron aquella pureza de cuerpo y alma que conservó toda la vida, y cada dia con mayor aumento. Su fervor y sus ejemplos eran lecciones tan eficaces, que cada uno de los monges experimentaba un vivo deseo de perfeccionarse viendo al jóven abad que iba siempre el primero en todos los ejercicios de la vida regular. Era tan admirado por su prudencia, por su suavidad y por su discrecion en el gobierno, como por su eminente santidad. Hizose dueño de la veneracion y del corazon de todos sus súbditos; con que fácilmente les sirvió á todos de modelo, y en breve tiempo llegó á ser un seminario de santos el monasterio de Nicópolis.

La misma reputacion de su prudencia y de su virtud no permitió á los monges gozar mucho del santo abad. Muerto el obispo de Colonia, todos los votos del clero y del pueblo se

unieron en favor del santo abad. Teníase bien conocida su repugnancia á todo género de dignidades, y fué menester valerse de una estratagemata para vencerle. El arzobispo de Sebaste, á quien como metropolitano tocaba proveer de obispo aquella iglesia, confirmando la eleccion del clero y pueblo, persuadido igualmente á que ninguno podia ocupar mas dignamente aquella silla que nuestro Juan, aunque á la sazón de edad de solos veinte y ocho años, le envió á llamar con otro pretesto. Apenas le hizo la proposicion del obispado, cuando el santo mozo se sobresaltó. Pero el arzobispo estaba resuelto á no ceder á su repugnancia, especialmente cuando ella misma era nueva prueba del acierto de la eleccion. Fué preciso obedecer; y recibidos los sagrados órdenes, fué consagrado obispo con tanto aplauso como solemnidad.

La nueva dignidad en nada alteró su antiguo modo de vivir. De ninguna de las mortificaciones que usaba en el monasterio se dispensó, la misma abstinencia, el mismo continuo ejercicio de oracion, la misma humildad. Por el amor que profesaba á la pureza se interdió para siempre el uso del baño, sin que la nueva dignidad le sirviese mas que para añadir las penitencias de monge á las apostólicas fatigas y solicitud pastoral de obispo.

En fuerza de su caridad, de su zelo y de las demás virtudes, se vió muy presto florecer la piedad en todo el obispado sin que fuesen solas sus ovejas las que se aprovecharon de sus ejemplos; penetrando hasta la corte la admiracion de su virtud. Hizo tanta impresion en su hermano Pérgamo y en su primo Teodoro, ambos muy distinguidos y estimados en el palacio de los emperadores, que reformando sus costumbres, fueron uno y otro modelo de cortesanos ajustados y ejemplares.

Pero el espiritual gozo que le causó la conversion de aquellos dos señores se templó mucho con el dolor de la caprichosa y menos cristiana conducta de Pasinico, cuñado de nuestro Santo. Era gobernador de la Armenia, y en lugar de contribuir con todo su poder y autoridad á sostener la santa intencion y el zelo del santo prelado, todo lo perturbaba dentro de su misma diócesis. Estorbaba á los eclesiásticos en el cumplimiento de sus obligaciones, molestábalos con todo género de vejaciones, y violaba la inmunidad de las iglesias. Valióse el santo obispo de ruegos y de representaciones, pero muy inútilmente; y viendo que el mal empeoraba cada dia, resolvió llevar sus quejas al emperador Zenon, y partió en persona á Constantinopla. El emperador le hizo justicia; pero estos disgustos renovaron en su es-

píritu el amor á la soledad y el tedio á las dignidades, con tanta fuerza, que habiendo puesto orden en los negocios del obispado, que tan prudentemente habia gobernado casi por espacio de diez años, y habiéndole renunciado secretamente, tuvo modo de evadirse de los eclesiásticos que le acompañaban: embarcóse solo en un navío, y sin darse á conocer pasó á Palestina; detúvose algunos días en el hospital de Jerusalem, suplicando con lágrimas al Señor le guiasé al lugar que fuese mas oportuno para pasar el resto de sus dias en la oscuridad, desconocido de los hombres, y ocupado únicamente en el cuidado de su salvacion.

Hallándose una noche en oracion, advirtió que venia hácia él una estrella muy resplandeciente en figura de cruz. Asombrado á vista de aquel fenómeno, oyó al mismo tiempo una voz, que le dijo la siguiese. No se detuvo ni un momento, y en breve tiempo le condujo la brillante guia á la Laura, esto es, al monasterio de S. Sabas, donde vivian ciento y cincuenta anacoretas.

Recibió S. Sabas á nuestro Santo sin conocerle, y desde luego le dedicó á que sirviese de criado al mayordomo. Los oficios mas penosos y mas humildes eran los de su mayor gusto. Iba por agua al arroyo, servia de peon á los albañiles que fabricaban el hospital ó el hospicio para los forasteros, llevándolos el ripio y las piedras. Admirábanse todos á vista de su apacibilidad, de su devocion, de su silencio y de su recogimiento. A los treinta y ocho años de su edad le hicieron hospederero; mas reconociendo S. Sabas alguna cosa extraordinaria en aquel humilde súbdito, y admirando los dones que el Señor habia depositado en él, le concedió una celda para que se retirase á ella y vacase á la contemplacion. Tres años pasó en ella, sin dejarse ver de nadie los cinco primeros dias de la semana, que pasaba casi sin alimento. El sábado y el domingo acudia á la iglesia, donde daban testimonio de su tierna devocion las lágrimas que derramaba, especialmente mientras se celebraba el santo sacrificio de la misa.

Despues de los tres años le hicieron mayordomo. Pero ni la continua disipacion de este oficio ocasionó en el habitual recogimiento de su espíritu alguna distraccion: Mientras tanto, admirando S. Sabas cada dia mas y mas la eminente virtud de su mayordomo, hizo juicio que no habia en todo el monasterio sujeto mas digno de recibir el sacerdocio que él; y sin hablarle palabra le llevó consigo al patriarca de Jerusalem, y le pidió se sirviese conferir á aquel monge los órdenes sagrados, haciéndole

sacerdote. El patriarca, sobre el testimonio de un hombre como S. Sabas, que aseguraba no haber tenido jamás religioso mas santo, mas capaz, ni mas perfecto, determinó ordenarle. Viéndose el siervo de Dios precisado á descubrirse, pidió audiencia secreta al patriarca; y despues de haberle obligado al secreto, le declaró que era obispo. La vista de mis culpas, añadió, me obligó á renunciar el obispado, y á retirarme al desierto á hacer penitencia de ellas. Igualmente asombrado que edificado el patriarca, llamó á S. Sabas, y le dijo que aquel religioso le habia confiado en secreto cierta cosa, en virtud de la cual no le podia ordenar de sacerdote, y así se le recomendaba para que le dejase en su silencio, sin permitir que ninguno le inquietase.

Sensiblemente afligido el santo abad de haberse engañado, á lo que él creia, en el ventajoso juicio que habia hecho de la virtud de aquel monge, teniéndole por digno del sacerdocio; inquieto sobre el estado interior de aquel desconocido religioso, se retiró á una gruta, distante una legua del monasterio, donde doblando sus penitencias y oraciones, pidió al Señor le diese á conocer si aquel hombre á quien él habia juzgado digno del sagrado ministerio era un vaso de misericordia destinado para la gloria, ó un vaso de ira preparado para perecer eternamente. Oyó Dios su oracion, y percibió una voz que le dijo, que aquel religioso era un vaso de eleccion, adornado con el carácter episcopal, y que en él tenia un tesoro escondido en su monasterio. Lleno S. Sabas de gozo y de admiracion, corrió á la celda del Santo, y abrazándole con ternura y con respeto: *Padre*, le dijo, *vengo á quejarme de que me hayas ocultado quien eres; y ahora lo ignoraria si Dios no me lo hubiera revelado*. No pudo Juan disimular su sentimiento de verse descubierto; y habiendo dado á entender que pensaba en retirarse á otra parte, S. Sabas le conjuró que no se moviese, dándole palabra delante de Dios de no descubrir á persona alguna quien era. Con esta promesa se aquietó, y habiéndose encerrado en su celda estuvo en ella cuatro años sin hablar palabra. No salió de ella sino para asistir á la consagracion de la iglesia dedicada á la santísima Virgen, que habia edificado S. Sabas, y vino á consagrar S. Elías, patriarca de Jerusalem, el cual quiso ver á nuestro Juan, y no quedó menos admirado de su humildad, que de su raro mérito.

Habiéndose introducido en la nueva Laura el espíritu de division y de parcialidad, se retiró de ella S. Sabas; y Juan, á la sazón de cincuenta años, no queriendo tener comercio con los

sediciosos, la abandonó tambien, y se fué al desierto de Ruba, donde vivió nueve años sin hablar con persona alguna, sustentándose de la fruta y raices silvestres que él mismo iba á coger en aquella vasta soledad.

Hicieron en ella una incursion los sarracenos, conducidos de Alamundar, llenando de sobresalto y de turbacion á aquel santo desierto; pero asegurado Juan en la confianza del Señor, no pensó en refugiarse á otra parte. Prometiósela Dios enviándole un leon que no se apartaba de su lado, y ponía en fuga á los bárbaros.

Sosegadas las turbaciones de la Laura, volvió á ella S. Sabas, y ansioso de ver á nuestro Santo, le fué á buscar, y le condujo á su primera celda, donde estuvo cuarenta años sin hablar con nadie sino con Dios, poniendo todo su cuidado en hacerse invisible y desconocido á los hombres.

No dejó el Señor de manifestar la santidad de su siervo con muchas maravillas. Vino á visitar los santos lugares de Jerusalem un arzobispo del Asia, llamado Athero, hombre de gran virtud; y estando en oracion, tuvo una vision en la que se le dió á entender era voluntad de Dios que visitase la Laura de S. Sabas, para admirar en ella un vaso de eleccion en la persona del solitario Juan, que siendo obispo se habia hecho simple religioso; y casi invisible á los hombres mortales, pasaba la vida en penitencia y soledad, meditando dia y noche las verdades eternas. No perdió Athero un instante de tiempo; voló al desierto, y arrojándose á los pies del Santo, publicó en presencia de S. Sabas y de todos los monges las maravillas que Juan les habia ocultado.

Muerto S. Sabas, se apareció á nuestro Santo, y le dijo que aunque era tan ardiente su deseo de ver y gozar de Dios, queria su Majestad detenerle en la tierra por algun tiempo para que consolase y fortaleciese en la fe á sus hermanos durante una cruel persecucion que habian de mover los herejes.

Con efecto, no se puede decir lo mucho que tuvieron que padecer aquellos monges en defensa de la verdad, contra los que seguian los dogmas de Origenes y de Teodoro de Mopsuestia; pero nunca pudo penetrar el error en una comunidad de anacoretas de que era tenido por guia y por cabeza nuestro Santo. En vano fué perseguido; declaróse abiertamente contra el error, y sufrió la mas dura persecucion por defender los decretos de la Iglesia. En fin, colmado de dias y merecimientos, siendo de edad de ciento cuatro años, sin haber perdido ni el vigor del espíritu, ni aquella dulzura que conservó siempre inalterable,

despues de haber pasado setenta y seis años en el desierto, y casi todo este tiempo en una elevada contemplacion, en una asombrosa penitencia y un continuo silencio, murió con la muerte de los santos el año 558, y muy presto fué el objeto de la veneracion del pueblo.

SAN SEGUNDO, OBISPO Y PATRON DE ÁVILA.

UNO de los santos varones apostólicos, que por los años del Señor de 63 ó 64 vinieron á España á sacarla de sus errores, fué S. Segundo, de cuya vida, padres y patria nada mas se sabe que lo que el oficio muzárabe, el leccionario Complutense, y otros instrumentos, que se guardan en la biblioteca del Escorial, refieren sucintamente. Segun ellos, S. Segundo, siendo ya de edad proporcionada para el ministerio evangélico, fué ordenado por S. Pedro en Roma poco antes de la primera persecucion sangrienta que movió Neron contra la Iglesia de Jesucristo. Instruido por los santos apóstoles S. Pedro y S. Pablo de las altas obligaciones del ministerio que le habian confiado, se embarcó con los demás compañeros suyos, ansioso de poner en ejecucion tan grande ministerio. En aquel tiempo era Tarragona la provincia mas floreciente que tenian los romanos en España. A ella se dirigian sus pretores, y en ella, como en la capital de todos sus dominios, residia su legislacion y su grandeza. Era muy natural en esta suposicion dirigirse á ella, como á sitio en donde seguramente podria lograr su predicacion considerables ventajas. Pero los consejos de Dios son muy diferentes de las consideraciones bajas y rateras de los hombres. El, que era el que regia la nave, dispuso que llegasen á tomar puerto á un sitio muy cercano del que ocupa hoy la ciudad de Almería. Y si es lícito conjeturar, parece muy probable que seria el puerto llamado *Urci*, ó el que se dice *Puerto magno*. Apenas pusieron los pies en tierra, tendieron su vista sobre una inmensidad de campos escabrosos, que su zelo y predicacion habian de hacer fértiles para Jesucristo. Representóseles el gran trabajo que les esperaba; pero alentó su corazon lo justo de la causa que trataban, y el premio prometido á sus fatigas.

Era España á la sazón un teatro miserable de los desbarros y extravíos del hombre. Diversas naciones estimuladas de su codicia habian venido á esta region enriquecida con todas las preciosidades de la naturaleza. Su corazon codicioso no trajo consigo solamente este vicio, sino que todos los errores de la supersticion vinieron, por decirlo así, á conquistar un nuevo país en

donde se les ofreciese incienso. Las monstruosas deidades de los egipcios, con las que añadieron griegos y romanos, tenían aras entre los españoles, y contra ellas tenían que manifestar la fortaleza de su corazón los nuevos soldados del Crucificado. Ardia S. Segundo en deseos de poner por obra el ministerio de que venia encargado; y así, en compañía de los seis santos obispos, echó á andar luego que puso pié en tierra, deseoso de encontrar poblaciones, y gentes en quienes emplear el ministerio de la palabra. Habrían caminado como unas catorce leguas, cuando se les ofreció á la vista la ciudad de Acci, hoy Guadix, y sobresaltóse su corazón de alegría, viendo ya terreno oportuno donde comenzar á esparcir la semilla del Evangelio. Sentíanse algo molestados del penoso viaje; y así, antes de comenzar su peligroso ministerio, determinaron descansar algun tanto; tomar alimento, y repararse del desmayo que les habia causado la pasada fatiga. Con este intento, mandaron á algunos de sus discípulos que llegasen á la ciudad á comprar los alimentos necesarios. Poco mas de un cuarto de legua habian andado cuando se encontraron á las puertas de la ciudad, y en ella una inmensa gritería en que estaba envuelto todo el pueblo. Era el caso, que en aquel dia celebraban los gentiles fiestas á Júpiter y la diosa Juno; y entre los escesos de sus comilonas y borracheras, se dejaban ver fácilmente las señales de una inmoderada alegría. No se sabe de cierto, si escitado el fervoroso zelo de los santos varones á vista de las manchadas ceremonias del paganismo, comenzarían tal vez á declamar contra ellas; se sabe sí, que el fuego de la superstición enardeció tan violentamente los corazones de los paganos, que tardaron poco en manifestarlo con sus obras. Dios dirigió ocultamente el enlace y conexión que tienen entre sí todas las causas y efectos, sean buenos ó sean malos. Todo lo dirige y ordena á aquellos provechosos fines que se ha establecido su sabiduría; de este modo con un artificio desconocido á los hombres, sabe su providencia sacar aun de las cosas muy malas muy grandes bienes.

Así aconteció en el caso presente. Encendidos en cólera los gentiles, intentan perseguir á los forasteros, cuya diversidad de vestidos, y la severidad del semblante, les daba ciertos indicios de que intentarían apartarlos del culto de sus deidades. Determinan, pues, quitarles la vida, y á este fin corren hácia ellos impetuosamente, deseando cada uno ser el primero que ensangrentase sus manos en aquellos inocentes promulgadores de la ley de Jesucristo. Estos, luego que advirtieron al pueblo conmovido contra sí, se dieron prisa á huir para evadirse del peligro

que les amenazaba, y hacer noticiosos á los santos obispos de la contradicción y peligro que habian encontrado. El pueblo gentil los seguía, deseando vivamente haberlos á las manos para sacrificarlos á su furor. En el camino que seguían los perseguidores y perseguidos habia un puente magnífico, de tan sólida construcción, que todos los instrumentos antiguos convienen en que era capaz de burlarse de la voracidad de los tiempos. Entraron en él los Santos, y le pasaron felizmente; entraron también los perseguidores; y cuando todo el puente estaba lleno de ellos, y muy cercano ya, á su parecer, de poner en ejecución sus sanguinarios intentos, aquel Dios, á cuya vista se estremecen las columnas del firmamento, hizo que derrocándose á un tiempo los grandes pilares en que estribaba toda la máquina, se convirtiese el puente en ruinas, envolviendo entre ellas aquellos miserables que perseguían á sus siervos. Un hecho tan ruidoso consternó á toda la ciudad. Apenas habia casa en donde no llorasen la muerte del hijo, del hermano, ó de algun cercano pariente. Un temor saludable se apoderó de los corazones de todos, convirtiéndose la rabia, el furor y la indignación en temor, en respeto y en deseos de tener cada uno de los acitanos en su casa á aquellos venerables varones, á quienes tan prodigiosamente el cielo favorecía. Señalóse entre todos una noble matrona senatriz, por nombre Luparia. Envió mensajeros á los Santos, para que se dignasen de venir á hospedarse en su casa, y estos, viendo el buen principio con que el Todopoderoso favorecía su misión, aceptaron gustosamente el convite. Gozosa Luparia de ver á los santos varones en su casa, comenzó á preguntarles, qué profesion era la suya, de qué regiones venían, qué fin les habia traído á estos países, para ellos tan remotos, y todo lo demás que se deja entender de la curiosidad de una mujer, viendo unos hombres de un traje tan diverso del que usaban los españoles, y á quienes habia visto con sus ojos que el cielo favorecía tan decididamente. Los santos obispos, viendo que se les presentaba ocasión tan oportuna de derramar la divina semilla, instruyeron á Luparia de su profesion y de su ministerio. Dijéronla como eran discípulos de un hombre que juntamente era Dios, llamado Jesucristo: que éste habia libertado al mundo de la tiranía del demonio, destruyendo la ley antigua, todos los ritos y supersticiones, é instituyendo una religion santa, magnífica, racional y suave, en la cual solo podían encontrar los hombres la verdadera felicidad: que esta doctrina y religion era lo que ellos predicaban, y que para recibirla era necesario reengendrarse en las aguas del bautismo, conociendo y confesando por verdadero Dios

á Jesucristo. Oia la matrona con un corazon sencillo y deseosa del bien las palabras de los Santos. La gracia de Dios por otra parte formaba en su alma las mas preciosas disposiciones para recibir la verdadera doctrina. Como en lo poco que de esta la habian comunicado los Santos ; se contenia que el bautismo era la puerta por donde habia de entrar á ser cristiana , pidió con ansia que se le administrase ; pero los Santos , aunque alegres con este primer fruto de su predicacion , no juzgaron conducente satisfacer sus deseos por entonces. Significáronla que habia otros misterios en que debia ser primeramente instruida ; y entre tanto que esto se verificaba , seria conducente edificar un baptisterio en donde recibir las aguas saludables. La piadosa matrona recibió con tanto gusto aquella insinuacion , y la puso por obra con tanta eficacia , que en poco tiempo se edificó un templo segun el gusto y direccion de los Santos , en donde ya instruida , recibió el bautismo.

Los poderosos tienen un atractivo en sus obras respecto de la multitud del pueblo , que parece contagio , segun la velocidad con que se difunde y propaga. No puede persuadirse la plebe á que aquellos personajes , á quienes Dios ha constituido por superiores de los demás , desmientan con sus operaciones los altos designios de la divina Providencia. Así juzgan fácilmente , que cuanto hacen es arreglado á la ley y á la justicia , y no dudan imitar lo que están persuadidos que es justo y arreglado. Por esta causa , el ejemplo de Luparia y el hacerse cristiana , causó tal conmocion en el pueblo , y tal trastorno en sus opiniones , que aquellos mismos que habian incitado á perseguir á los varones apostólicos , eran ya los que con mas fervor querian someter la cerviz al yugo del cristianismo. Conforme se iba propagando la religion verdadera , iban decayendo las supersticiones y engaños de la ciega gentilidad ; y al paso que se destruian los ídolos y sus templos , se erigian nuevas aras al Crucificado. Muy prontamente vino á ser la ciudad de Guadix una ciudad cristiana y piadosa , en donde estaban por demás tantos obreros evangélicos. El fin que los habia traído á España no era solamente la conquista de aquel pequeño recinto : sus miras se estendian á la conversion universal de todo este vasto país. Por tanto , trataron entre sí los Apostólicos de dividirse , haciendo una cómoda distribucion de las regiones adonde habian de predicar el Evangelio. A S. Segundo le cupo en suerte la ciudad de Avila con toda su comarca , que á la sazón estaba floreciente. Desde esta division cesan ya las noticias auténticas que han quedado de estos primeros maestros de nuestra fe. Segun el oficio muzárabe se sabe , que cuando iban á

sus respectivos destinos lo abrasaban todo con el fuego de su predicacion , haciendo maravillosas conquistas á favor de la religion que predicaban. Llegado S. Segundo á Avila , emprendió con el mayor vigor la conversion de aquellas ciegas gentes , no perdonando trabajo por penoso que fuese para reducir las á la grey de Jesucristo ; pero esto mismo le hizo victima de su caridad , dando la vida por la misma fe que predicaba.

No se sabe el género de martirio que padeció , y mucho menos las circunstancias de su pasion : las lecciones del oficio antiguo que usaba aquella catedral , le dan constantemente los títulos de obispo y de mártir , lo que no permite dudar que este Santo fué uno de los discipulos de Santiago , que ordenado obispo por S. Pedro , coronó el empleo del sacerdocio con la laureola del martirio. Su cuerpo fué recogido por los cristianos de aquel tiempo , y colocado con honor y reverencia en un decente sepulcro. Las continuas invasiones que hicieron los bárbaros en nuestra península , y el estrépito revoltoso de las continuas guerras ofuscaron de tal manera su memoria , que permaneció enteramente estinguida por espacio de muchos siglos , hasta que una casualidad dichosa ofreció la invencion de su sepulcro y sus reliquias. Sucedió esto en el año de 1519 , en que intentando hacer un arco que diese fácil entrada á dos capillas del templo de Sta. Lucía , sito á las riberas del rio Adaja , al tiempo de demoler dos pequeños arcos antiquísimos , vieron que en sus cimientos se descubria un hueco , que daba á entender que allí habia algun sepulcro. En efecto , hallaron una pequeña tumba de madera que tenia por la parte de afuera una reja dada de verde. Admirados de la novedad los obreros , prosiguieron cavando con mayor cuidado. Gran multitud de pueblo concurrió á la nueva de un tan extraño caso , esperando entre el temor y la alegría un suceso que no podian prometerse sus esperanzas ; pues prosiguiendo la escavacion , encontraron una arca de piedra ; y dentro de ella otra de madera con esta inscripcion : *SAN SEGUNDO*. A esta sazón ya habian concurrido la mayor parte del cabildo eclesiástico y los magistrados de la ciudad , en cuya presencia se abrió la arca , y en ella hallaron un cadáver con insignias episcopales , un cáliz , y un anillo de oro , y de todo salió una suavísima fragancia que llenó la iglesia. La sensacion que causó en los corazones de todos tan precioso hallazgo fué excesiva , y la manifestaron con todas las demostraciones de júbilo y alegría. Dios quiso tambien manifestar la gloria de su servo con milagros de su divina omnipotencia. Estaba allí un enfermo llamado Francisco Arroyo , natural de Avila , el

cual muchos años habia que estaba padeciendo una enfermedad molesta y vergonzosa; pues se reducía á tener fuera de su lugar gran parte de los intestinos. Este miserable, deseoso de recuperar su salud, dijo delante de todos: *Quiero ponerme encima del cuerpo de este Santo, para ver si la divina misericordia se compadece de mí, y por sus méritos é intercesion me sana de mi peligrosa dolencia.* Dicho esto se puso sobre el arca, levantó las manos al cielo, y dijo con grande alegría: *Yo te doy gracias, Señor mio Jesucristo, que por la intercesion de S. Segundo ya me hallo sano.* Divulgóse el milagro por toda la ciudad, todos á una voz glorificaron al Señor por sus misericordias y maravillas; y gozosos con el hallazgo de tan precioso tesoro, trataron de colocarle en un sitio decente y cómodo para implorar su patrocinio en las necesidades que ocurriesen. El dean y cabildo de la catedral intentaron llevar el sagrado cadáver á su iglesia, alegando que éste les competía por derecho, habiendo sido S. Segundo el primer obispo de la ciudad; además que de este modo se proporcionaba al Santo mayor veneracion y culto, y á los fieles el consuelo de tenerle mas cercano para dirigir por su medio á Dios sus súplicas y sus votos. Opúsose á estos intentos la confraternidad de S. Sebastian, establecida desde tiempo muy antiguo en la iglesia de santa Lucía, con la obligacion de defender los derechos de aquella parroquia. En esta disension se acordó colocar por el pronto el arca con las santas reliquias en un lugar honorífico de aquella iglesia, sin desistir por esto el dean y cabildo de la catedral de hacer todas las diligencias necesarias á fin de que se les diese la posesion.

Pasaron muchos años sin que se pudiese conseguir del magistrado de Avila, protector de la confraternidad de S. Sebastian, que inclinase su condescendencia á las poderosas razones que tenia de su parte el cabildo. La iglesia de Sta. Lucía era de suyo pobre y pequeña: carecia de todas aquellas comodidades que desean los fieles en las novenas y vigalias que hacen á los santos. Por esto mismo se resfriaba fácilmente la devocion primera que en la invencion del sepulcro habian los fieles concebido: la iglesia estaba situada en el paraje mas indecente é incómodo de la ciudad; adonde con dificultad se podian conducir los sacerdotes necesarios para el culto; y por el contrario, era sumamente fácil que espermentase los contratiempos de ladrones y otras gentes perdidas. Todas estas razones y otras muchas no pudieron ablandar la tenacidad de unos hombres encaprichados, que querian hacer un particular misterio de lo que era una pu-

ra casualidad, y atribuir erradamente virtudes imaginarias á la materialidad de los sitios. En el año 1517 fué promovido al obispado de Avila Fr. Francisco Ruiz, del orden de S. Francisco, hombre de espíritu, que al lado del cardenal Cisneros habia aprendido á no acobardarse en presencia de las dificultades, y á vencer de cualquiera manera los estorbos que se opusiesen á sus justos intentos. Informáronle luego del estado que tenian las pretensiones del cabildo en orden al cuerpo de san Segundo, y de que fuese trasladado adonde recibiese mayor veneracion. Persuadióse á que semejante negocio necesitaba tratarse con viva fuerza, y á que sola una autoridad superior seria capaz de hacer calmar las habilllas del pueblo y las divisiones de los que civilmente le gobernaban. Recurrió, pues, al papa Leon X, que á la sazón regia la Iglesia, esponiendo todas las razones que asistian al cabildo, para que se les concediese colocar con decoro y magnificencia en su propia catedral el cuerpo de su primer obispo y de su primer maestro en la fe, que gloriosamente habia sellado con su sangre. El santo Padre no pudo menos de conocer la solidez y eficacia de razones tan poderosas, y así espidió una bula en 25 de febrero de 1520, en que mandaba que se le entregase al obispo el cuerpo de S. Segundo, para que cuidase de colocarle en el lugar que habia prometido construir con suntuosidad y aparato. Notificóse esta bula á los interesados, y comenzóse la fábrica de un altar magnífico; pero habiendo sido Dios servido de llevarse para sí al zeloso obispo á los principios de esta operacion, quedó esta suspensa, y el cuerpo de S. Segundo en la misma arca, sepulcro é iglesia en que antes se hallaba. Entre tanto se estendia por toda España la fama de su santidad, que Dios confirmaba continuamente con los prodigiosos milagros que hacian glorioso el sepulcro de su siervo. Los fieles manifestaban su gratitud con abundantes limosnas, que sirvieron para formar una pequeña capilla, y colocar sobre el sepulcro del Santo una estatua de piedra que le representaba de obispo. Pero siempre permanecian las mismas razones para procurar su traslacion á un lugar tan decente y cómodo como era la catedral. Quiso finalmente la divina bondad enriquecer á esta santa iglesia con el precioso tesoro de las reliquias de su primer prelado, haciendo que viniese á presidirla desde la silla de Cartagena D. Jerónimo Manrique de Lara, hombre piadoso, y acostumbrado á superar grandes dificultades. A la fuerza de su espíritu añadieron vigor los estímulos de la gratitud, pues hallándose este venerable obispo acosado de una enfermedad que habia contraído siguiendo la armada de

D. Juan de Austria, recibió una salud milagrosa por intercesion de S. Segundo. Reduciase su dolencia á unas palpitaciones tan violentas del corazon, que le ponian frecuentemente en el estremo de perder la vida. En efecto, en el dia 9 de setiembre del año de 1593 llegó á debilitarle de tal manera esta enfermedad, que tuvo que recibir los sacramentos. Los médicos llegaron á desconfiar enteramente de su vida, y á temer justamente la iglesia de Avila la pérdida de un digno esposo y pastor. El capítulo de la catedral en este conflicto determinó recurrir á la poderosa intercesion de S. Segundo. Instituyó rogativas, hizo vigiliias al sepulcro del Santo, y apenas comenzaron estas piadosas diligencias de caridad y de fervor, quando inmediatamente se halló el obispo libre de su dolencia con una restauracion tan radical, que no sintió mas aquella violenta enfermedad en toda su vida. Reconocido á los favores del Santo, y contemplando que solo una fuerza superior era capaz de llevar á debido efecto el proyecto de traslacion tantas veces intentado, solicitó eficazmente con el rey Felipe II, que la protegiese con todo el poder de su real autoridad. Este católico monarca vió con mucho gusto de su alma una solicitacion en que la piedad y la prudencia se hermanaban amistosamente con la autoridad y con la justicia. Advirtió los efugios y fruslerias con que se habia frustrado hasta entonces la determinacion del vicario de Jesucristo. Juzgó que debia emplear su poder en favor de la causa de la piedad: espidió sus cartas en debida forma mandando ejecutar las letras pontificias, previniendo á los magistrados de la ciudad, y á todos aquellos que hasta entonces se habian manifestado interesados, que incurririan en su justa indignacion si ponian el menor óbice á la ejecucion mandada. Este movimiento acalló todas las quejas y pretensiones, y facilitó una operacion que de otro modo hubiera sido imposible.

Juntáronse los magistrados, el cabildo y el obispo para determinar el dia y las circunstancias de la traslacion deseada. Conviniéronse en ciertas condiciones; enviaron emisarios al católico monarca, para que se dignase autorizar con su presencia una funcion tan magnífica; y se determinaron todos los demás requisitos necesarios para la pompa, adornos y festejos que en celebridades tan suntuosas suelen manifestar la piedad de los fieles. Aunque el rey no dejó de dar algunas esperanzas de que asistiría para el dia proyectado, se escusó en tiempo con la atención que requerian mas graves negocios; y así encargó al obispo que se hiciese la traslacion sin costosos dispendios, y que al tiempo de hacerla separase una reliquia insigne del

Santo para trasladarla al monasterio del Escorial. El dia 9 de setiembre del año de 1594, el obispo con grande acompañamiento de eclesiásticos y seglares de la mayor dignidad y nobleza, se condujo á la iglesia de Sta. Lucía, y habiendo primeramente implorado el auxilio divino, cantando las letanias, abrió el sepulcro del Santo, y sacando con sus propias manos una á una las reliquias, que se conservaban en la antigua caja, ofreciéndolas á la veneracion del pueblo numeroso, que asistia con velas encendidas en las manos, lleno de ternura y de devocion, las fué colocando en una caja nueva de nogal, ricamente labrada con preciosos adornos de plata y oro. Cerróla, y la colocó en el altar mayor de aquella iglesia hasta el dia destinado para la procesion solemnisima. Este fué el domingo dia 11 de setiembre, en el cual, habiendo celebrado el dean de la catedral solemne misa del Santo, se formó una procesion magnífica, por el número de personas que la componian, por los muchos grandes y nobles que la autorizaban, y por los multiplicados adornos que con riqueza y esmero habian puesto los vecinos de Avila en todas las calles por donde habia de pasar. Llegaron á la iglesia de S. Segundo, y habiendo celebrado el obispo misa pontifical, tomó la caja de las sagradas reliquias, y la entregó á los eclesiásticos de mayor dignidad, y á los nobles de mayor jerarquía; quienes, sobre sus hombros, y bajo de un palió riquísimo la condujeron á la iglesia catedral. Las demostraciones de regocijo y alegría que manifestó todo el pueblo en un acto tan solemne y piadoso, compitieron con la ternura y las lágrimas que corrian de sus rostros, en testimonio de la consolacion que recibian sus piadosos corazones. Al dia siguiente se celebró misa solemne en accion de gracias al Todopoderoso. Se apartaron las reliquias que se enviaron al rey, y siguieron por ocho dias continuos los ejercicios de piedad, y los júbilos del pueblo. Inmediatamente cuidó el obispo de construir una suntuosa capilla, en la cual puso él la primera piedra, hecho ya inquisidor general, en el dia 23 de abril de 1595. Concluida, se trasladaron á ella las sagradas cenizas de S. Segundo, en donde hasta estos tiempos ha manifestado Dios con continuos milagros que descansa allí un amado siervo suyo, uno de los primeros maestros de nuestra fe, y el protector y patrono de la noble ciudad de Avila.

El Martirologio romano hace conmemoracion de nuestro Santo el dia 2 de mayo.